

“EN LA ARGENTINA TAMBIÉN SE PUEDE”

René Francovich

Los orígenes

Al igual que uno de esos relojes antiguos de precisión a cuerda que me gusta coleccionar, el origen de mi familia también puede rastrearse del otro lado del Océano Atlántico. Aunque mi apellido es de ascendencia eslava-croata, mis familiares más lejanos vivieron en Italia alrededor de 1720.

Mi padre, Dionisio Francovich, llegó a la Argentina el 22 de noviembre de 1908 a bordo del buque Regina Elena, que había zarpado del puerto de Génova. Había dejado atrás su pueblo en la región de Udine, trayéndose consigo el oficio de herrero que había aprendido junto con su hermano Tito.

En sus comienzos en Buenos Aires trabajó en una herrería colocando herraduras para caballos. Unos años después, siguiendo su intuición natural, emprendió un negocio de maquinarias agrícolas, motores, repuestos y trilladoras al sur de la provincia de Santa Fe. Para ese entonces, el jovencito que había llegado solo desde Italia ya había contraído nupcias, había enviudado y se había vuelto a casar, esta vez con Flora Zamó, mi madre.

La segunda generación

Nací un 13 de septiembre de 1924 en Elortondo, provincia de Santa Fe. Fui el hijo menor de una familia de cinco hermanos. Si bien nunca me había destacado demasiado en el colegio, cuando a los dieciséis años comencé a trabajar con mi padre descubrí que aquello me gustaba mucho más que estudiar. Mi padre siempre había trabajado en la compra y venta de máquinas. Tras formarme durante unos años a su lado, sufrió unos problemas de salud y yo debí hacerme cargo de la empresa.

Un año después, con sólo veinte años, fundé Francovich Compañía S.R.L. Esa sociedad, que conformé junto con mi hermano Enrique y mi socio Luis Traversaro, nació en 1944 en pleno contexto de la Segunda Guerra Mundial. Para ese entonces, la Argentina no recibía nada desde el exterior y nosotros comenzamos a sustituir importaciones de máquinas agrícolas. Trabajábamos con desechos, recuperando materiales que luego usábamos.



La primera oficina y puente grúa, en la calle Maipú 1957 de la ciudad de Rosario. 1944.

Comenzamos con cuatro empleados. Nuestro primer trabajo fueron unos cilindros de empuje para las bombas para matar a las langostas. Cuando terminó la guerra, nos empezamos a dedicar al acero. Hacíamos perforadoras y sierras. Crecíamos lento pero constante. Durante los '60, incursionamos en la industria petrolera. Empezamos con piezas pequeñas, y fuimos progresando hacia componentes más importantes para cabezas de pozo.

Con el correr del tiempo, fuimos incorporando nuevas tecnologías para desarrollar nuestra producción. Viajábamos continuamente a exposiciones en Milán, Hannover, y París, para mantenernos actualizados en las novedades de nuestra industria. En los '70, trajimos cuatro máquinas muy importantes de Alemania, que se sumaron a otras que habíamos adquirido en Italia. En el '72, cuando las pusimos en funcionamiento, empezamos a forjar piezas más grandes, lo que nos permitió acceder a nuevos mercados.

Nuestra incursión en el mercado del gas y del petróleo nos fue perfilando como una *"industria para la industria"*, como fabricantes de piezas de todo tipo para terceros. Teníamos como clientes a firmas de primer nivel, como YPF y Techint. En esos días, fuimos absorbiendo distintas empresas de la zona. Primero, a Pamia S.A., luego a Forja S.A.



Operación de montaje de la nueva prensa de 3.500 toneladas, para la fabricación de componentes de molinos de energía eólica.

Nuestro taller de la calle Maipú, en el centro de la ciudad, empezó a quedarnos chico. Así que nos mudamos a un predio de la calle Ovidio Lagos, en una zona estratégica de Rosario. Primero, compramos dos hectáreas y media. Después sumamos otras tres hectáreas. Agrandábamos nuestras instalaciones a medida que la empresa crecía.

Una filosofía austera de gestión

Como industriales argentinos, hemos tenido que enfrentar distintas crisis económicas, que felizmente pudimos superar. En gran medida, esto se debe a nuestra filosofía austera de gestión. Creemos en ganar dinero a través del trabajo duro, no de la especulación.

Por eso, siempre nos hemos mantenido lejos de los bancos. Sólo hemos pedido crédito en una ocasión, en la década del '70, para hacer una inversión importante en maquinaria. Después, siempre nos hemos financiado con nuestros propios recursos. Si tenemos dinero, compramos. Si no, esperamos hasta tenerlo.

Este modo de administración nos ha permitido sobrevivir a las distintas crisis que el país nos ha puesto por delante. Incluso, hemos superado casi sin sobresaltos el 2001, cuando tantas otras industrias tuvieron que bajar la persiana.



Actuales oficinas de Francovich S.A., en la Av. Ovidio Lagos 6298 de la ciudad de Rosario.

Francovich S.A., hoy

Actualmente, Francovich S.A. tiene 170 empleados que trabajan en un predio de ocho hectáreas de Rosario.

La actividad de corte de chapa, con la que empezamos en la década del '60, hoy es sólo una parte de lo que hacemos. En nuestra División Chapas, realizamos actividades de planchado de bobinas, corte, y tareas de calderería. Hemos incorporado la última tecnología, como rayos láser para cortar el material. En nuestra División de Forja, hacemos cabezas de pozo para petróleo, cuerpos de válvula, repuestos ferroviarios, bielas y ruedas de puente grúa, entre otras actividades.

En un apuesta a futuro, hemos incursionado en la fabricación de componentes para molinos de energía eólica. Para eso, compramos una máquina de 3.500 toneladas en China. Es un equipo único en la Argentina, y su puesta a punto demoró varios meses.

Actualmente, el diez por ciento de nuestra producción se exporta a Chile, Brasil, Perú y Venezuela. El resto se destina a industrias locales. La facturación total del grupo es de treinta millones de dólares.

Compromiso rosarino

Además de mis actividades como industrial, siempre he mantenido un fuerte compromiso con mi comunidad. La vida me ha dado oportunidades. Y yo he intentado devolver un poco de lo recibido a través de la ayuda a otros, colaborando con sociedades de beneficencia, hospitales e instituciones religiosas.

De joven, mi padre era ciclista. Y yo heredé el gusto por esta actividad. Así que realicé una importante donación para que Rosario pudiera construir su propio velódromo. También colaboramos en la construcción del techo del Teatro El Círculo, el Planetario Municipal y una Gran Cruz de doce metros de altura en la entrada de la ciudad. Tras un compromiso de décadas con la comunidad, he tenido el honor de ser nombrado ciudadano ilustre de Rosario.

Uno de mis grandes orgullos es no haber conocido jamás un tribunal, ni para pagar, ni para cobrar. En los 67 años de vida de mi empresa, jamás dejamos de pagar un impuesto, ni nos atrasamos con los sueldos o con los aguinaldos.

La gente, al final, sabe reconocerlo a través de la lealtad. Muchos pasaron toda su vida con nosotros, y hoy se están jubilando en nuestra empresa. Más allá de todos los discursos sobre “*responsabilidad empresarial*” que puedan pronunciarse, ese es el mejor indicador sobre la forma en que una empresa trata a las personas. El mayor capital ha sido nuestro personal, al que agradeceremos eternamente.

El legado

Me casé en 1953 con Ana María Cignacco, descendiente de una familia de italianos de la misma región que mi padre. Con mi compañera de toda la vida, tuvimos seis hijos: Edgardo, Carlos, Pablo, René, Silvia y Gabriela. Ellos me dieron dieciocho nietos, y un bisnieto.

Tres de mis hijos trabajan en Francovich S.A. Otro está en Forja S.A., donde también colabora uno de mis nietos. Me produce un gran orgullo ver que a mis descendientes les interese seguir con esta tradición familiar que ya se acerca a las siete décadas de vida.

Siempre les digo a mis nietos que soy un sabio, para que me imiten. Después les aclaro que sólo un poco. La mía no fue, sin embargo, una sabiduría de escuela ya que sólo cursé hasta sexto grado. La mía fue una sabiduría del esfuerzo y la constancia. Empecé de muy joven, y llegué a construir una empresa reconocida en la Argentina y la región. También formé una familia hermosa, y nunca descuidé a mi comunidad. Si yo pude, otros también.

Vivimos en un país muy rico y de acá no hay que irse. De eso estoy seguro. Las penurias que está pasando Europa son por haber perdido esa cultura de trabajo. Europa ya fue pobre, por eso mis padres vinieron a la Argentina. Sin trabajo, no hay posibilidad de progreso. Con esfuerzo, todo se puede. En el año 2000, en nuestro peor momento, escribí un libro pensando en que las cosas mejorarían. Hay que tener confianza en el país. Ese libro tiene por título: *“En la Argentina también se puede”*.